

## CUENTOS Y TEMPERAMENTOS U.H.

Si bien el temperamento sólo alcanza su pleno desarrollo después del cambio de dientes, en muchos niños ya se pone de manifiesto aun antes de dicho cambio. Por tanto, para la educación del niño es benéfico que, al seleccionar un cuento para su narración, tengamos en cuenta, muy especialmente, su temperamento específico.

No tardaremos en descubrir que **los niños coléricos** aman entrañablemente los cuentos que rebosan de pujanza, de valor y de grandes hazañas; que los de temperamento **melancólico** se deleitan con narraciones tristes; que los **sanguíneos** sienten la mayor atracción por imágenes en rápida sucesión, en tanto que los pequeños **flemáticos** prefieren los cuentos que invitan a la contemplación sosegada. Así, por lo general, cada niño solicita el cuento que corresponde a su propio temperamento.

Ahora bien, se podría suponer que un cuento que guarda afinidad con el carácter del niño, ejerza un efecto intensificante sobre su temperamento, de modo que el niño se vea estimulado a exageraciones en esta región de su alma. En realidad, sucede exactamente lo contrario. Las “hierbas” del mundo de los cuentos, si se nos permite utilizar una vez más este término, ejercen efecto “homeopático” sobre los temperamentos. Si a un niño **flemático** le contamos un cuento sanguíneo que en rápida sucesión pasa de una estampa a otra, sin detenerse en ninguna, la mayor parte de su contenido se deslizará ante él sin hacerle mella, con lo cual, si se repite el procedimiento varias veces, el niño se hundirá cada vez más en su temperamento **flemático** y correrá el peligro de caer en la apatía. En cambio, en un cuento tranquilo y contemplativo, el niño **flemático** se siente como en casa: puede asimilar bien su contenido y así volverse alegre y animado, con lo cual queda superado un poco su temperamento apático. El cuento melancólico que trata del triste sino de una niña pobre que termina por casarse con un príncipe y convertirse en reina tiene efecto animador sobre el niño melancólico; éste se siente comprendido y consolado. Al niño sanguíneo, el cuento con rápido cambio de impresiones, lo tranquiliza, ya que queda satisfecha su sed de movilidad. El colérico se sosiega con el cuento audaz y energético que intercepta su impulso hacia acciones violentas y así puede desfogarse en la participación vital de las estampas que se le ofrecen, en vez de buscar su válvula de escape en el medio ambiente. El protagonista de estas narraciones realiza las portentosas hazañas que bullen en la sangre del niño y el alma de éste vibra con ellas y se siente satisfecha.

Así pues, como regla general, conviene dar preferencia a cuentos que concuerdan con el temperamento del niño. Si se trata de un grupo mayor, ya sea en casa o en la escuela, se puede dar gusto a los diferentes temperamentos por turno, quizá por grupos. En una ocasión, se seleccionará un cuento en que los coléricos ardan de entusiasmo; en otro, un cuento en que los **flemáticos** puedan arrullarse con deliciosa quietud. Claro está que los niños de determinado temperamento escuchan también los cuentos que se narran para otros. Como elemento social puede ser valioso el que se narre a todos los niños un cuento que el maestro haya seleccionado

para determinado temperamento, o que quizá haya inventado él mismo, para algún niño en particular.

### ¿Es conveniente narrar muchos cuentos?

Si observamos cuán intensamente un cuento puede actuar sobre un niño, cuán profundamente éste lo absorbe a pesar de toda su despreocupación infantil, caemos en la cuenta de que no conviene ser demasiado generoso en la narración de cuentos. Aun tratándose de un mayor número de niños, como es el caso en el aula escolar o en el Jardín de Infancia donde hay que hacer justicia a todos, se puede bien evitar el exceso, ya que, al fin y al cabo, no hay más que cuatro temperamentos que requieren atención preferente en alternación. Sobre todo, tratándose de párvulos de tres o cuatro años, es recomendable restringir el número de los cuentos, ya que todo contenido reclama que el niño lo absorba con la totalidad de su ser anímico. Es preferible limitarse a una selección relativamente pequeña y luego volver, una y otra vez, sobre los mismos cuentos, dando su apropiado turno a los “cuentos predilectos” según los deseos de los niños. Los párvulos sanos siempre querrán volver a oír los cuentos con los que sienten más afinidad. Más adelante, cuando los niños tengan cinco, seis o siete años, se puede gradualmente ampliar el repertorio. Muy importante, sobre todo para los párvulos, es el que nunca se cuente más que un sólo cuento por día. Si nos dejamos seducir para narrar más de uno se trastorna el efecto de las imágenes durante el sueño nocturno, con el resultado de que ninguno de ellos puede unirse correctamente con el alma infantil. Al tener esto en cuenta se adquirirá la intuición de cuáles y cuántos cuentos se pueden contar en cada caso particular.

### La manera de narrar según los diferentes temperamentos

Mucho se puede contribuir a la saludable influencia sobre los temperamentos por la manera de narrar los cuentos. Agreguemos a lo anteriormente dicho que, para los niños coléricos, no solamente escogeremos cuentos coléricos, sino que, además, los contaremos coléricamente, con mucho brío; para los melancólicos, incluso nuestra voz ha de adoptar cierta languidez. Con los **flemáticos** hemos de observar particularmente la calma; con el niño sanguíneo, gran vivacidad. Si se procede con el tacto necesario se pueden intensificar considerablemente los efectos sobre la naturaleza infantil arriba mencionados.

Pero no hemos de olvidar que existen muchos cuentos que no representan exclusivamente determinado temperamento y los cuales, sin embargo, por la manera de contarlos, se pueden adecuar a algún temperamento especial. El “sastrecillo valiente” se presta para la brillante narración sanguínea, pero también para que haga mella en los coléricos, si se destaca sobre todo la valentía con que el sastrecillo acomete contra los gigantes. Similarmente, en el “Rey-rana” se puede destacar particularmente la tardanza flemática de la rana, o bien la conducta sanguínea, y posteriormente colérica, de la princesa. En el cuento de “Los dos hermanitos” se sobreentiende que el elemento melancólico tendrá papel preponderante, pero también el elemento colérico y sanguíneo del cervatillo. En todo ello hay que tener presente que los

sentimientos o estados de ánimo que se representan nunca deben asumir carácter realista. Por iracundo que sea el rey, su ira seguirá siendo “ira de cuento”, que se expresa por una adecuada subida de voz, fruncimiento de cejas, etcétera. Una pena, incluso la pena por la muerte de un ser amado, seguirá siendo una pena representada, una “pena de cuento”. El niño ve la pena de la princesa, pero no se proyecta en la princesa, ni conviene que lo haga, pues la experiencia debe ser pictórico-imaginativa, no fisiológica, para que se produzca el efecto deseado para su evolución. En síntesis: los estados de ánimo y las manifestaciones de sentimientos, al igual que el contenido de los cuentos, no tiene sino carácter pictórico. Su forma realista todavía es extraña para los niños, y si queremos mantenerlos inmaculados en ese dominio hemos de evitar ponerlos en contacto con aquel realismo.

Esto implica que al contar un cuento a la manera sanguínea, por ejemplo, el maestro no debe perder su compostura interna. Es posible expresar las sucesiones más rápidas y, no obstante, permanecer interiormente tranquilo. No hay que tropezar ni enredarse en las propias palabras; hay que seleccionarlás bien, si no se pierde el efecto. Como regla general, una nota básica más bien lenta y calmada, por encima de todas las variaciones temperamentales y emocionales, es lo más indicado, tanto para los cuentos, como también para los niños.

### **¿Qué hacer con los niños que continuamente desean escuchar nuevos cuentos?**

#### **La pasión por los “sucesos reales”**

El niño sano, de desarrollo normal, difícilmente pedirá de por sí continuamente nuevos cuentos; por el contrario, querrá oír una y otra vez los mismos. No falta que insistamos en los beneficios de corresponder a este deseo del niño.

En cambio, tratándose de niños de desarrollo menos sano, se tropezará en un lado con la demanda contraria. Todos conocemos niños precoces, inicialmente dotados, que quizá jamás han oído un cuento y que, desde más temprana infancia, han sido abrumados con los cuadernitos para colorear que se reparten en las tiendas como propaganda comercial. Con cada quinto frasco de mermelada y con cada décimo paquete de margarina los compradores reciben un nuevo cuaderno con estampas hábilmente dibujadas, muy costosas, pero que inmisericordemente arrasan el alma del niño, así como cuentos “muy fascinantes” pero carentes de todo contenido. ¿Qué le pasa a este niño cuando llega a la edad del juego escolar? ¿Solicitar una y otra vez un nuevo cuento “fascinante”!

Los cuentos ya no le dicen nada. Ya no se siente impresionado por los grandes mensajes ocultos que ellos llevan al ánimo infantil; lo único que le queda es la satisfacción de su sed de continuos estímulos nuevos. Aunque también los niños de este tipo, al igual que todos los demás, apenas han salido del mundo espiritual, éste ya les queda tan lejos, tan completamente vacío por las inmediateces de todos los días, que ya no les es posible “recordarlo” tal como lo recuerdan los niños sanos, cuando entran en contacto íntimo con los contenidos esenciales.

No es de sorprenderse, pues, que la mayoría de aquellos niños quieran escuchar únicamente los cuentos que corresponden a “sucesos reales” o que “realmente” pudieran suceder. El adulto que ya no tiene conexión con aquel gran mundo que representan los cuentos propende entonces ciertamente a considerar que la preferencia por lo externo de la vida sensible atestigua un saludable sentido de realidad de estos niños, sin darse cuenta de que esta preferencia no es síntoma de realidad, sino de pobreza, sustancialmente de la pérdida de lo que todavía debiera ser real para estos niños: el mundo espiritual que aún pueden, y deben, captar vívidamente y formar soñadamente.

Si se continúa con esta dieta desesperanzadora, y si el interés de los niños se continúa dirigiendo tan sólo sobre la superficie de la vida, lo único que se logrará es que su corazón se cierre para siempre al mundo que todavía debiera estar abierto: el mundo de los cuentos. Igual que Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso, así el infante se ve expulsado del suyo, viéndose prematuramente arrojado al nuevo mundo externo del que capta tan solo las trivialidades anodinas. Se pierde lo infantil, y su lugar queda usurpado por *lo pueril*.

Además se podrá comprobar que el niño que demasiado temprano se ha expuesto a las exterioridades de la vida, y que se ha relacionado con ellas de manera candorosa infantil, por no decir primitiva, difícilmente se dejará trasladar de ellas a la postre. Le será casi imposible liberarse de la visión banalizada del mundo al que había quedado expuesto desde su temprana infancia. Nuestro poderoso aliado en este proceso de saneamiento es la noche. Durante la noche el cuento sigue operando sin interferencia de impresiones externas. Es importante que lo tengamos muy presente.

Nuestro poderoso aliado en este proceso de saneamiento es la noche. Durante la noche el cuento sigue operando sin interferencia de impresiones externas. Es importante que lo tengamos muy presente.

Después de algunos días dedicaremos una hora, o media hora, desviándonos de la cotidianeidad, e intentaremos, junto con el niño, hacer algo así como un dibujo o un cuadro que ilustre lo que le hemos contado. Raras veces será posible que un niño intelectual y nervioso haga esto espontáneamente, pero bajo la vigilancia y con la colaboración del padre o de la madre será más fácil. Para eso no es necesario que uno mismo sepa dibujar o pintar bien. No importa que el adulto sea tan torpe e incluso más torpe que el niño; lo que importa es tan sólo el sosiego interno que nosotros le regalamos, así como el hecho de que nosotros nos dediquemos a él, y que, como buenos compañeros y junto con él, profundicemos en el cuento y en lo que nos esforzamos en crear a partir del mismo.

Si procedemos de esta manera y si no nos dejamos desanimar por los fracasos iniciales, sino que persistimos porfiadamente, nos será posible restablecer en buena parte la perdida conexión con el cuento y con el alma infantil en general tan necesaria como el pan de todos los días.

Trascendida la edad de los cuentos de hadas, podemos contar algún libro bello, como por ejemplo “El Maravilloso viaje de Nils Holgersson”, de Selma Lagerlöf, o bien “Sólo en el mundo”,

de Héctor Malot, “Traguarditos” y “La tortuga perezosa”, de M. Ende, u otros cuentos adecuados a la edad del niño.

Como ya se dijo, para cada niño hay que seguir un camino distinto, pero de todas maneras siempre debiera encontrarse la posibilidad de resucitar una nueva vida, la auténtica infantilidad que todavía late en el niño, por consolidada que esté.

Todo esto cuesta mucha calma y tiempo, que tanto escasean en la vida moderna. Mientras más tiempo los adultos ahorran gracias a las conquistas de la técnica (vehículos más rápidos, radio, teléfono, etcétera), tanto menor es el tiempo que les queda para los niños. Esto se paga: va en aumento el número de niños que al entrar a la vida terrenal exigen para su educación que los adultos les prodiguen particularmente estas dos cosas: tiempo y alma. La única manera de subsanar esta situación es “crear” uno mismo estas dos cosas sumamente necesarias y preciosas: tiempo y calma, lo que en nuestra época realmente equivale a una auténtica proeza creadora, y obsequiarlas cariñosamente al niño.